



## 2 MUCHOS CÓMO SIN QUÉ

Antonio García Madrid (SA)

Me dice el amigo Corzo que el Ministerio quiere lanzar un “no sé qué” sobre la formación del profesorado. Imagino que con ocasión de la última Ley nueva. Otra más de las 6 ó 7 que he vivido. ¡Quién las cuenta ya! ¡Quién es capaz de seguir la pista a tanto sinsentido! “Junta cuatro o más pedagogos y te construirán una tormenta”, decía el crítico ante reformas anteriores.

Todo lo cual produce una profunda desazón (la irritación parece no tener ya hueco) y suscita una doble reflexión cargada de acritud. En esta burbuja de pesebre garantizado que nos han construido, la capacidad de asombro parece haber desaparecido. ¿Acaso ya nadie ve? Constatemos hechos.

1. La educación, la nuestra, es un fracaso reconocido, un caballo desbocado que corre sin saber dónde y aceleradamente. ¿No acabarán decretando el aprobado general, y además automático, con la inscripción en el Registro civil? Crece así mismo la convicción de que la política, el ámbito de la *res pública* en su pleno sentido, hoy no es la solución para este problema, sino el problema mismo; con todo lo que ello implica para la educación y nuestro futuro y, sobre todo, para la desafección ciudadana hacia la democracia, vista como ámbito de impotencia. (Recordemos que fue en el caldo de cultivo de la desafección democrática donde florecieron en el siglo pasado los totalitarismo criminales). No es poco lo que nos jugamos.

Añadamos a lo anterior el desprestigio evidente del discurso pedagógico. Nadie lo escucha ya sin dibujar una ligera sonrisa de condescendencia, y muy pocos hablan hoy con sentido fuera del neo-lenguaje oficial a la moda, repleto, eso sí, de “palabros” con coces añadidas a la lengua.

2. Así mismo, nadie parece tener en cuenta las verdades que los prohombres de la educación del siglo XX nos dejaron como herencia; dígase Freinet, Milani, Freire, Neill o los ilustrados de la Escuela Nueva. Curiosamente, todos ellos gentes que nunca pisaron una facultad de pedagogía ni un centro de formación del ramo.

De hecho, ninguno recibió nunca preparación

previa para la ejemplar empresa escolar que emprendieron, siempre al margen de la oficialidad y del sistema. Lo que no deja de asombrar y suscita dudas sobre la pertinencia de facultades y centros de ese tipo, cuánto más sobre planes de formación al uso.

**Lorenzo Milani**, el maestro de Barbiana, presbítero católico – ¡sotana incluida! (lo digo para los más tiernos) – dedicado *a pleno tiempo* a la escuela, demostró que los últimos, a poco que se les dé la oportunidad, se salvan a sí mismos. Su proyecto, más que en “pedagogías”, se sustenta sobre creencias religiosas (¡elementos irracionales! dirán algunos), en una mezcla indisoluble de pastoral y docencia humanísima. De jovenzuelo no fue más allá de ser un estudiante cumplidor y pintor aficionado, y no conoció más formación que unos años de seminario! ¡Oh Dios mío! (nunca mejor dicho aquí). Para la escuela de Barbiana y para ejercer la docencia no necesitó título ninguno ni reciclados ministeriales. ¡Ándale con los planes de formación!

**Paulo Freire**, una de las cumbres de la educación del siglo pasado y paradigma insuperable de la formación de adultos, escribía ratón con dos “erres” a los catorce años (según confesión propia), se formó como abogado y ejerció como tal. Nunca supo antes de educación ni se adiestró para ello. Y con ese bagaje nulo se implicó en planes populares de redención social humana de los desarraigados brasileños, con los que asombró al mundo ¡Hasta Harvard se le rindió! ¿Quizá nuestro Ministerio, ante tales carencias, le inscribiría con carácter forzoso en esos planes que anuncia!

**Neill**, un ácrata de vieja escuela, un bohemio de humanidad, ávido insaciable de cultura y conocimiento, fue rechazado siendo adolescente para el empleo de maestro en formación (el inspector de su graciosa majestad le comunicó a su padre y tutor que la corona malgastaría el dinero en aquel joven). Se embarcó luego en estudios de formación eclesiástica y terminó licenciándose en inglés. Con este bagaje abrió Summerhill y demostró que la trocha para alcanzar el conocimiento no está asignada en ninguno ni



a edad alguna – en la infancia y en la juventud nunca se pierde el tiempo, incluso si se decide perderlo – y que la coherencia con uno mismo, pese a las facturas que se han de pagar, son la clave de la satisfacción y felicidad propias.

**Cettestin Freinet**, origen de un genuino movimiento de maestros – hoy internacional, adelantado en el método natural de aprendizaje (de lo empírico a lo teórico, de la inmediato a lo mediato) e impulsor de una maravillosa cadena de técnicas escolares en consonancia con el naturalismo infantil, entre otras cosas – parece una excepción en lo que vengo diciendo sobre la formación de los gigantes de la educación. Sí conoció una escuela de formación específica, fue formado para maestro... ¡para maestro de dar voces! Hasta que se quedó sin un pulmón y se puso azul a poco de comenzar la primera clase. Para remate fue expulsado del sistema, donde su proyecto no tenía hueco. ¡Otro más al que el ministro inscribiría forzoso en sus planes! Podríamos añadir algunos más, como **María Montessori**, **Dewey** o nuestro **Giner de los Ríos**, y nos encontraríamos con personas formadas en medicina, filosofía o jurisprudencia. Quizá también debieran ser convocados a una formación acelerada.

A ojos vistas todo parece un CÓMO sin QUÉ (cierra los ojos, ¡¡cieguito!!, yo te llevaré).

